

GAIA DE PASCALE

Correr es una filosofía

Por qué corremos



Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Título original: *Correre è una filosofia. Perché si corre*

© 2014 por Adriano Salani Editore - Milano

© de la traducción, 2015 por Elena del Amo y Beatriz Galán Echevarría

© de esta edición, 2015 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 8063-2015

ISBN: 978-84-16261-37-6

Código IBIC: DN

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición: David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Marco Olmo

Índice

Correrán en estas páginas	11
<i>Corren todos (o la poesía de la carrera)</i>	15
Capítulo 1. <i>De los orígenes del mundo</i>	19
Carrera y valor	21
Capítulo 2. <i>¡Corre, muchacho!</i>	37
Carrera e infancia	40
Capítulo 3. <i>Olvidar las barreras</i>	55
Carrera y libertad	58
Capítulo 4. <i>Caballo Blanco ha dejado de correr</i>	73
Carrera y vida	75
Capítulo 5. <i>Correr por amor</i>	89
Carrera y emociones	91
Capítulo 6. <i>La vid y la llama</i>	105
Carrera y locura	107
Capítulo 7. <i>Casi animales</i>	119
Carrera y cuerpo	121
Capítulo 8. <i>La soledad del corredor de fondo</i>	135
Carrera y soledad	137
Capítulo 9. <i>La carrera de la pereza</i>	151
Correr y sufrir	153
Capítulo 10. <i>Alicia se seca las lágrimas</i>	163
Carrera y resiliencia	165
<i>Correr no sirve para nada (o la felicidad del correr)</i>	177
Bibliografía	181
Agradecimientos	185

Correrán en estas páginas

(Por orden de aparición)

Kuafu	Los presos de la cárcel de
Doña Búfalo que Corre	máxima seguridad
Veloz, un colibrí, una	de Lanciano
alondra, un halcón	Jefe Bromden
y una urraca	Billy Hayes
Kilian Jornet i Burgada	Los prisioneros Aliados
El faraón Zoser	de <i>Evasión o victoria</i>
Áyax, Antíloco y Ulises	Andy Dufresne
Filípides	Los revolucionarios
Hermes	jacobinos
Aquiles	Jesse Owens
Giusy Versace	Emil Zátopek
Forrest Gump	Sebastian Jungwirth
El teniente Dan (o al menos	Los habitantes del pueblo de
me gusta pensarlo)	Mapuordit, Sudán del Sur
Pietro Mennea	Caballo Blanco
Tommie «Jet» Smith	La tribu de los tarahumara
Marco Olmo	Scott Jurek y Barefoot Ted
Pinocho	Los indios timbira
Giovanni Storti	Adharanand Finn
Henry Rono	Los atletas keniatas

Larry Shapiro	El <i>Australopithecus</i>
Toshihiko Seki	La tribu de los hopi
Haruki Murakami	Dean Karnazes
Atalanta	Gabriela Andersen-Scheiss
Hipómenes	Joan Benoit
Las mujeres espartanas	Colin Smith
Luigi Mundula	Gunthorpe
Fausto Solinas	Paula Radcliffe
Ron Hill	Eric Liddell
Los estafilodromos	Harold Abrahams
Los atenienses que participaban en la lampadedromia (carrera de antorchas)	Los perezosos del infierno de Dante
Indro Neri y los «locos» del Bare Buns Fun Run	El gerente de una empresa alimentaria de Chengdú, en China
Thaddeus Kostrubala con sus pacientes	Francesco Prossen
Los enfermos del departamento de psiquiatría del Verbano	Alicia (en el País de las Maravillas)
	Un pato, un dodo, un loro y un aguilucho
	Adriano Berton

Desde que aprendí a andar me gusta correr.

Friedrich Nietzsche

Corren todos (*O la poesía de la carrera*)

Dicen que cada año se venden en el mundo más de mil millones de zapatillas de deporte. Un número impresionante.

Si fuera sólo una cuestión de actividad física, de pasión por el deporte, de espíritu competitivo, no se explicaría esta continua expansión del fenómeno.

Profesionales, principiantes, jóvenes, adultos, pobres, ricos. Basta con observar las calles o los parques a cualquier hora del día, y a veces también de la noche, para darnos cuenta: corre todo el mundo. Cada cual a su manera, con sus propias ambiciones, con perspectivas divergentes, con objetivos a menudo difíciles de definir.

La difusión de la carrera está ramificada hasta tal punto que ni siquiera el lenguaje parece ya suficiente para contener sus infinitas variantes. Bajo la etiqueta genérica de «carrera» se reúnen de hecho estilos y prácticas con frecuencia bastante diferentes, y así la lengua intenta, haciendo clasificaciones, distinguir entre *running* y *jogging*, entre pedestrismo y *footing*, entre velocistas y maratonianos, entre pruebas de resistencia, *trail* y *ultratrail*. Pero sigue sin ser suficiente. Porque cada carrera, de hecho, traza los contornos de una identidad personal, de un pequeño universo aparte, en el que cada uno es libre de introducir sus propios valores, sus propias interpretaciones. Los propios significados.

La verdad es ésta: la carrera es una actividad que construye mundos. Y por ello necesita un universo semántico articulado para contener los muchos matices de un deporte que es más que un deporte, de una disciplina que no es sólo una disciplina, de una pasión de la que nadie logra identificar las causas y establecer completamente los objetivos.

Correr es una filosofía. Un modo de estar en el mundo. De interpretarse a sí mismo en relación con las cosas.

No sin motivo la carrera siempre ha tenido un alto valor simbólico. El «deporte», uno de los hechos más antiguos de la historia de la humanidad, ha sido objeto de reflexión filosófica, de composiciones poéticas, de innumerables tramas narrativas.

Desde la antigua Grecia esta actividad ha hecho su aparición en los textos de cualquier disciplina humana y social, tanto que, a través de los estilos y las características de la carrera y las vicisitudes de los corredores más famosos, se podría escribir una historia de la vida del hombre sobre la Tierra, sin temor a omitir nada.

Y, en el fondo, el estrecho vínculo entre el ser humano y la carrera se inicia mucho antes de su consagración en la época helenística. Ya los primeros homínidos corrían para sobrevivir, y esta característica primordial se ha ido desarrollando en el tiempo hasta hacer de la naturaleza cultura, y de la cultura un verdadero y auténtico arte.

El valor antropológico de la carrera está en la base de muchos mitos de los orígenes, su significado metafórico la convierte en espejo perfecto de la vida *tout court*, cosa que no ha escapado al cine y a la literatura, que con frecuencia han elegido esta disciplina como argumento privilegiado (sobre todo en virtud de su fuerza épica) para hablar de otras cosas: de amistad, de resistencia. Pero sobre todo de libertad.

La carrera atraviesa las más altas expresiones del espíritu del hombre, encarna la fuerza sin tiempo de los héroes, o la lucha contra los molinos de viento de los antihéroes. Porque la carrera no censura nada, no evita nada: atraviesa tanto la derrota como la victoria, va al encuentro de la felicidad y del dolor, lleva sobre sí la carga de una amplia gama de emociones.

Correr es como vivir, y cada cual tiene su vida: gloriosa, infeliz, larga, breve, solitaria, cuesta arriba o cuesta abajo.

Sólo una cosa es cierta: a través de la carrera se busca siempre forzar el límite de las propias posibilidades, o profundizar un poco más con el conocimiento del propio cuerpo y de la propia mente.

La carrera tiene los trazos de una escritura corpórea que hace que todo sea posible. En la carretera se lucha con las propias limitaciones y, mientras tanto, en el corazón más profundo del cansancio absoluto que anula las diferencias, se derriban muros de todo tipo, personales, sociales y culturales.

Y no importa que la carrera sea un arte que no utiliza lienzos o una escritura que no necesita palabras. Eso no la hace menos poética en absoluto. El cuerpo del hombre en movimiento teje de todas formas su red de palabras y consigue decir todo lo que tiene que decir.

Decía Eugenio Montale: «El atletismo es poesía. Si por la noche sueño, sueño que soy un maratoniano».

Y eso basta.

Capítulo 1

De los orígenes del mundo

Se llamaba Kuafu y vivía en el Norte de China cinco mil años antes de Cristo. Aquéllos eran lugares inhóspitos, épocas salvajes. La tierra estaba siempre demasiado seca o demasiado yerma, azotada por los gélidos vientos siberianos en invierno, amordazada de aridez y calor en verano.

Los habitantes de aquellas zonas morían como moscas. Unas veces porque hacía demasiado calor, y los árboles se secaban, y los ríos se quedaban sin agua. Otras porque hacía demasiado frío, y los días eran tan cortos que no había tiempo para hacer nada, ni comer, ni trabajar, ni ir a buscar comida.

Estaba claro que, tanto en un caso como en el otro, el culpable no podía ser más que uno: el sol. Aquel astro impertinente no hacía lo que tenía que hacer y permanecía indiferente a los sufrimientos de los seres vivos.

Entonces Kuafu tomó la única decisión posible: inconsciente y valiente como era, pensó perseguir al sol, capturarlo y someterlo a su voluntad. Todos le conminaron a desistir. Le dijeron que nunca lo conseguiría, que el sol era inalcanzable. Y que si por ventura lo conseguía, al cogerlo su calor lo mataría sin remedio.

Kuafu no escuchó a nadie y echó a correr. Quien lo vio partir jura que se fue tan veloz como el viento.

Se dirigió hacia el alba, en la dirección en que la estrella estaba surgiendo. Corrió despreciando los peligros y el cansancio.

Corrió a través de montes y ríos, a lo largo de las agotadoras llanuras sin fin. Corrió kilómetros y kilómetros, sin volver nunca la vista atrás.

Sus pasos eran tan decididos que toda la Tierra temblaba al ritmo de su marcha.

Se dice que Kuafu alcanzó el sol al anochecer, y que con sus piernas consiguió cubrir toda la longitud del mundo en un solo día.

Aquella bola de fuego estaba ahora ante sus ojos. Feliz y orgulloso, Kuafu intentó abrazarla, pero sintió inmediatamente una gran sed, y para aplacarla bebió de un trago todo el río Amarillo y luego todo el río Wei. Pero no fue suficiente para refrescarlo. Tenía una sed desmesurada. Trató entonces de llegar a un gran pantano, cuyas aguas habrían podido apagar la sed de todas las poblaciones desde el origen de los tiempos.

Sin embargo, era tarde. Demasiado tarde. El sol había debilitado a Kuafu hasta dejarlo seco, hasta convertirlo en la sombra reseca del joven valiente que había sido.

Ahora que estaba próximo a la muerte, Kuafu lanzó hacia el cielo su bastón en un gesto desesperado, y éste se transformó como por arte de magia en un bosque de melocotoneros que permanecerían verdes para siempre, ofreciendo a los hombres y a los animales sombra y fruta fresca. Su pelo se convirtió en hierba y su sangre en un largo e impetuoso río.

Así fue como Kuafu salvó a su gente, y desde aquel día nadie volvió a padecer ni hambre ni sed.

Si aún hoy existe un lugar en el que es posible vivir, el mérito es de un joven que intentó coger el sol y se sacrificó a sí mismo para dar nueva vida a la tierra.

Este joven era simplemente un corredor.

Carrera y valor

*We could steal time just for one day
We can be Heroes, for ever and ever
What do you say?*

DAVID BOWIE

1.

Unos dicen que era un pájaro, otros aún hoy hablan de un caballo alado. Para muchos tenía la apariencia de un gigante bueno, jefe de una tribu pacífica.

Otros más siguen sosteniendo que se trataba sencillamente de un muchacho, y es así como me gusta pensarlo.

El único dato cierto es que Kuafu corría a toda velocidad.

Y que aquella cualidad suya le permitió salvar el mundo.

La historia de Kuafu llega a nosotros desde la antigua China. Es un cuento tradicional que hunde sus raíces en tiempos remotos y se ha transmitido de generación en generación.

Las antiguas tradiciones cumplen un papel crucial en la construcción de la identidad de un pueblo, sobre todo si esbozan el origen de la vida, el paso del caos al orden de las cosas. Y es en ese preciso instante, el instante en el que se produce la transición de la anarquía de los elementos al orden natural, cuando realmente se inicia el camino de los seres vivos en la tierra.

No hay, pues, que sorprenderse de que, desde siempre, los hombres hayan intentado codificar este paso a través de una historia, un relato capaz de establecer, más allá de los confines del tiempo, los rasgos de semejante evolución.

Las narraciones que se remontan en el tiempo hasta las épocas más remotas, y que intentan explicar momentos cru-

ciales de la evolución del mundo o del hombre, se sitúan en el ámbito de la mitología. El vocablo griego *mythos* significa «palabra, dicho, discurso, relato imaginario». El mito, que en un primer momento es transmitido oralmente y después inmortalizado por la escritura, es la respuesta a los interrogantes que los antiguos se hacían sobre el origen de los fenómenos naturales y la legitimación de particulares prácticas rituales. A través del mito, el nacimiento de un pueblo, de una institución, de una tradición sagrada o del universo entero son proyectados a un tiempo «otro» e inmutable: en este «tiempo sin tiempo» los valores esenciales de una cultura se traducen en formas ejemplares, consiguiendo al mismo tiempo explicaciones y justificaciones.

El origen del mito gira siempre alrededor de los tres ejes de la oralidad, de la tradición y de la memoria. Emerge por vías misteriosas de alguna zona secreta de la conciencia colectiva y representa la puerta de entrada a una realidad inmutable oculta en los pliegues del tiempo y del espacio. Viene de la noche más profunda, de antes de que existieran los cuentos, de antes de que existiera cualquier cosa: cuando no había nada.

El mito, como decía Thomas Mann, es por lo tanto exactamente esto: fundamento de la vida. La fórmula mágica que encarna nuestra búsqueda de sentido y la encuentra precisamente ahí, en las tinieblas más oscuras, en la gran vorágine a la que los griegos pusieron el nombre de *Chaos*.

Del corazón de este abismo sin fin se genera la palabra, la luz, la tierra.

De las fauces de la nada emergen los mitos, así como de las profundidades del caos, que continúa estando presente bajo la superficie tranquilizadora de lo que vemos, se inicia el mundo.

El origen de nuestro mundo está poblado de multitud de dioses y de héroes, seres dotados de cualidades excepciona-

les que se sacrifican y combaten en duras batallas para ir en busca de lo que se ha perdido, y dar a los seres vivos otra posibilidad.

En el caso de *Kuafu persigue al sol*, lo que se ha perdido es la propia capacidad de habitar el planeta. Kuafu tiene éxito en la empresa imposible: someter las fuerzas de la naturaleza a su voluntad para permitir a los hombres continuar su camino en la tierra.

Como todo héroe que se respete, también Kuafu debía de estar dotado de cualidades físicas y espirituales fuera de lo común. De lo que emerge de este breve relato, sus cualidades espirituales eran muchas: Kuafu era valiente, testarudo, tenaz. Lo suficientemente inconsciente para llevar a término la propia empresa sin sucumbir ante el terror de una muerte segura.

Sobre las cualidades físicas no es necesario usar muchas palabras. El don que distinguía a Kuafu de todos sus semejantes era solo éste: Kuafu era veloz. Kuafu sabía correr. Durante mucho tiempo y más rápidamente que cualquier otro hombre.

De este modo nos encontramos frente a un mito de los orígenes del ser humano, que sitúa en su centro la figura de un corredor.

Correr, por lo tanto, no es sólo una actividad que caracteriza –por necesidad, por placer, por valor simbólico– al hombre desde el principio de los tiempos. Es una capacidad que llega a identificarse con el origen mismo, a hacerlo posible.

2.

Ya se trate de mitos, de leyendas, de cuentos populares, muchas son las tradiciones que apelan al acto de correr para de-

finir lo indefinible o para encontrar una motivación al estado de las cosas. Las culturas antiguas están llenas, a lo largo y a lo ancho, de historias que tienen la función de legitimar, o instituir, el orden existente. Y la carrera es a menudo el *fil rouge* de los relatos.

Pensemos en los indios cheyenne, en sus agotadoras acciones contra los bisontes en las inmensas praderas de América del Norte, que con frecuencia ha contado el cine. Existe un mito que esta población transmite de generación en generación. El de la «Gran Carrera».

La historia habla de un tiempo en que todos los seres vivos desarrollaban su existencia en un mundo en paz y armonía. Sin embargo, un día los bisontes levantaron la cabeza. Empezaron a considerarse los habitantes más poderosos del planeta y se apropiaron del derecho de alimentarse de los demás animales, incluidos los hombres. Esto provocó una rebelión general. Nadie quería sufrir semejantes abusos, ni los hombres ni las fieras. Entonces los búfalos hicieron una propuesta, y dijeron: «Para decidir quién es el más fuerte, hagamos una competición. Echemos una carrera». Los hombres aceptaron, pero pusieron una condición. Los seres humanos sólo tienen dos «patas», rasgo evolutivo que los hace más lentos respecto a los animales que se mueven sobre cuatro patas, como los búfalos. Así que para equilibrar las cosas en el lugar de los hombres competirían pájaros. Los bisontes, envalentonados, aceptaron. Y así fue como en la «línea de salida» se encontraron, junto a todas las demás especies animales, Doña Búfalo que Corre Veloz, como representante de los bisontes, y un colibrí, una alondra, un halcón y una urraca como representantes del género humano.

Empezó la competición. Todos los animales se desvivieron por dar lo mejor de sí. La ventaja de Doña Búfalo que Corre Ve-

loz parecía enorme. Pero el trayecto era largo y el animal empezó a sentirse cansado. También todos los demás animales se derrumbaron agotados. Todos excepto uno: la urraca. Era lenta pero perseverante y tenía el corazón resistente. Y después de un enorme esfuerzo, llegó la primera a la meta.

Desde aquel día los hombres reinaron sobre todos los animales, a la urraca nunca más la cazaron y el bisonte se convirtió, para los indios de América, en la presa número uno y en la principal fuente de sustento.

Con el relato de la competición de una carrera, los cheyenes habían encontrado el mito de fundación de una práctica de caza de la que dependería su futuro.

3.

Desde el extremo Oriente hasta el más salvaje Oeste es interesante advertir cómo se recurre a la carrera cuando faltan las palabras para poner un orden en la aparente insensatez de lo real.

Porque correr es algo de lo que todos, bien o mal, tenemos experiencia. Sabemos que cuesta esfuerzo. Sabemos que es índice de salud y prestancia del cuerpo. Sabemos que para correr largas distancias se necesita un entrenamiento mental en nada inferior al físico.

Sabemos, también, que en las carreras de larga distancia hay algo de épico.

Con el término «épico» los griegos indicaban un particular tipo de poesía que era transmitida de forma oral por los cantores (*aedi*) y tenía como argumento las hazañas de los dioses y de los héroes. La épica griega arcaica narraba la «historia sagrada» del pueblo heleno, de cómo se formaron el cielo y la

tierra hasta el final de la edad de los héroes, seres semidivinos como Aquiles, Heracles, Edipo y Odiseo.

El contenido mítico de este género literario hizo, sin duda, que muchos pueblos, además del griego, definieran sobre la épica su propia identidad.

El término, en el tiempo, asumió después diferentes matices, variando con la evolución de las épocas y de las transformaciones, de las exigencias de lo novelesco. Actualmente se define como «épica» cualquier hazaña que lleve consigo el sentido de lo grandioso y de lo heroico, como las de un campeón de nuestros tiempos: su nombre es Kilian Jornet y es el indiscutible rey español del *skyrunning*, la mayor carrera de montaña con un recorrido a gran altitud, entre los 2.000 y los 4.000 metros.

Dado que creció en el refugio de montaña del que su padre era guarda, en las cumbres de la frontera entre Francia y Andorra, Kilian vivió siempre en contacto con la naturaleza. Lo que primero fueron juegos de niño, temerarias escaladas por las rocas y carreras con los esquíes de fondo, con el tiempo se convirtieron en un deporte, una pasión, una razón para vivir.

Entre lesiones, momentos difíciles, entrenamientos agotadores e impagables satisfacciones, Kilian Jornet, nacido en 1987, ha conseguido ganar todo lo que podía ganar en sus disciplinas (*skyrunning* y *ultratrail*), sobresaliendo entre otros, durante cinco ediciones (2007, 2008, 2009, 2012, 2013) en la clasificación final del Sky Runner World Series, el circuito internacional de carreras de resistencia de gran altitud.

En su biografía, el atleta español cuenta cómo, de pequeño, antes de ir a entrenarse, leía siempre el *Manifiesto del sky runner*, que había colgado en la puerta de su vieja vivienda. Todos los días, antes de cruzar el umbral de casa, se encontraba, pues, con frases como «cuerpo ligero, piernas ligeras. Sentir cómo la

presión de tus piernas, el peso de tu cuerpo, se concentran en los metatarsos de los dedos de los pies y ejercen una presión capaz de partir rocas, destruir planetas y mover continentes».

Una fuerza épica que parte de la cabeza, llega al corazón y embiste a todos los músculos del cuerpo. «Porque perder es morir. Y no se puede morir sin haberlo dado todo, sin echarse a llorar a causa del dolor y las heridas, no se puede abandonar. Se debe luchar hasta la muerte».

En última instancia, ¿qué diferencia hay entre este modo de considerar la carrera y la loca hazaña del héroe chino Kuafu? Ninguna. Se podría objetar que Kuafu llevó a cabo aquella acción irreflexiva para salvar el mundo, mientras que Kilian corre solamente para sí mismo y para algo evanescente como la gloria.

Y, sin embargo, indagando más en su trayectoria, queda claro que también en el joven campeón de la resistencia hay algo más.

En 2010 Kilian corre la Western States, aproximadamente 160 kilómetros en las montañas de Sierra Nevada, 5.500 metros de desnivel positivo y 7.000 de negativo entre cimas abruptas y profundos desfiladeros. El joven atleta está en la cúspide de su carrera, pero algo sale mal. A treinta kilómetros de la meta los calambres se apoderan de todo su cuerpo. En primer lugar las piernas, luego los pies, los brazos e incluso la mandíbula están atenazados por una mordaza de dolor. Cada uno de sus músculos está fuera de control. Con un esfuerzo sobrehumano intenta triturar, muy despacio, cada centímetro de esa piedra dura que le paraliza las extremidades. Sufre, se desespera, pero al final tiene éxito en su empeño.

Se clasificará tercero, detrás de Geoff Roes y Tony Kupricka. El año siguiente también ese título será suyo.

Como escribe él mismo, en 2010 Kilian Jornet venció a su destino y realizó su sueño. Exactamente como Kuafu, con un

esfuerzo supremo consiguió dar la vuelta a los juegos del azar, corregir una deformación, someter el flujo de los acontecimientos a su voluntad.

Llegar al fondo marcó la diferencia entre vivir y morir.

4.

Ya sean seres humanos o divinidades, personajes legendarios o corredores profesionales, no hay duda de que la cualidad que une a los corredores, especialmente a los que se arriesgan a las largas distancias, es solamente una: el valor.

Los hombres comenzaron a moverse velozmente por deber, por placer o por necesidad, desde que empezaron a poblar los continentes. Muy pronto la carrera empezó a asumir los más diversos significados. Hojeando las páginas de la historia se descubre, por ejemplo, que los antiguos egipcios dedicaban mucho tiempo a esta actividad y los propios faraones practicaban la carrera ritual: Zoser, perteneciente a la III dinastía, durante la fiesta llamada *sed*, una especie de jubileo real, corría para demostrar a los hombres y a los dioses que era lo bastante valiente para poder seguir reinando.

La primera cultura en la que la competición empieza a ser una característica fundamental de la vida social, y de la que tenemos suficiente documentación literaria e iconográfica, es sin lugar a dudas la griega, ya a partir de la edad homérica.

En el libro xxiii de la *Ilíada*, Homero describe las competiciones organizadas por Aquiles para acompañar los ritos fúnebres en honor de Patroclo, que había sido asesinado por Héctor. El cuerpo del héroe caído en la batalla debe siempre ser honrado: el cometido de los dioses y de los hombres es tanto salvaguardarlo del ultraje como glorificarlo. Entre las com-

peticiones en honor de Patroclo hay también una prueba de carrera en la que toman parte los nobles guerreros al mando del ejército griego. Concretamente se trata de Áyax, Antíloco y Ulises, que saldrá vencedor.

Probablemente Homero vivió antes de la institución de los Juegos Olímpicos, que datan en torno a 776 a.C., y sin embargo, el poeta griego consiguió describir con gran realismo muchas de las competiciones que tendrían lugar en el acontecimiento deportivo más famoso de todos los tiempos. Sobre las fechas exactas de aquella época siguen siendo muchas las incertidumbres, pero es cierto que, entonces como ahora, las competiciones de las carreras eran consideradas uno de los momentos álgidos de los juegos.

En la antigua Grecia la competición institucionalizada estaba dirigida al mantenimiento de un aparato ideológico concreto, en el que la educación desempeñaba un papel clave. El principio de la *kalogathia* (ser bellos y buenos) era el eje alrededor del cual giraba el espíritu vital de toda la sociedad. Y ser bellos y buenos quería decir, exactamente, resumir en uno mismo lo mejor de las cualidades atléticas, morales e intelectuales que encontraban su máxima expresión en la carrera.

Un hecho es cierto: en Grecia corrían muchos, por los más variados motivos y sobre las distancias más diversas. Corrían los atletas, que podían ponerse a prueba en diferentes tipologías de competición (el estadio, el *diaulos*, el *dólico*, la carrera armada), cada una con sus propias características y sus propios objetivos. Corrían las mujeres, que al menos en Esparta y en otras localidades dóricas aparecían en competiciones de carreras reservadas a ellas. Corrían, o incitaban a los demás a correr, los filósofos, hasta el punto de que Séneca en sus escritos habla de la importancia de la carrera para serenar los pensamientos, mientras Aristóteles, por su parte, se preocupa por poner en

guardia a los corredores sobre los excesos de semejante actividad. Tampoco los médicos se eximían de dar consejos. Hipócrates en primer lugar habla de la importancia de relajarse al final de la carrera, regla de oro para todo corredor aún hoy.

Corrían, entonces, los mensajeros. Eran ellos, en aquellos tiempos lejanos, los únicos capaces de llevar de norte a sur, de este a oeste, noticias de guerra o de paz. Sin su incansable trasiego, sin la oportunidad de sus misiones, la historia como hoy la conocemos no existiría. Recibir o no recibir una noticia puede invertir el destino de los pueblos.

Todo el mundo conoce la legendaria hazaña de Filípides: el militar fue encargado de llevar a Atenas la noticia de la victoria sobre los persas en la batalla de Maratón. Tuvo éxito en su intento, pero en cuanto hubo recorrido los cuarenta y dos kilómetros que separaban Maratón de Atenas, cayó al suelo agotado y murió.

5.

Con Filípides volvemos a encontrarnos frente a un personaje, real o legendario poco importa, que con su valor lleva a cabo su propia misión hasta el sacrificio supremo. Para Filípides y Kuafu la muerte, como la vida, no tienen gran valor. Son solamente otros tantos accidentes, pues una podría dejar paso a la otra y viceversa. Lo que importa es correr hasta la meta. Cuando Filípides llega de Maratón o Kuafu alcanza el sol, el juego ha terminado. Lo que ocurre después es un detalle totalmente irrelevante.

¿Qué es, entonces, ese valor del que la carrera se convierte en medio y símbolo?

En la época homérica el valor es la suma de las virtudes ético-guerreras de un individuo. El hombre valiente es el héroe

combatiente que a través de la fuerza física impone su superioridad y la de su estirpe, mostrando sus propias dotes en el certamen guerrero y deportivo. El cuerpo del héroe es siempre excepcional y esta excepcionalidad es el primer signo de un destino único.

La dimensión sagrada de semejante visión de la vida es evidente, y extensa es la literatura sobre los orígenes rituales y religiosos de las disciplinas deportivas. Por lo demás, aún hoy la tensión mágica del atleta se puede leer en la gran difusión de prácticas supersticiosas y de conductas de tipo piadoso: brazos levantados al cielo, señales de la cruz, rodillas dobladas en la meta para dar las gracias a la Madre Tierra.

La victoria, para los griegos, acercaba los hombres a los dioses y la gloria del primer puesto los llevaba a alcanzar la perfección. Ganar una competición deportiva tenía que ver con lo absoluto y rompía las barreras de la caducidad humana.

El deporte se ha comparado con una representación teatral: a través de sus capacidades deportivas, los atletas escenifican su propia visión de lo existente y de sí mismos, actuando «como si». Desde esta perspectiva, en la antigua Grecia los atletas actuaban como si fueran dioses.

Cuanto mayores son la tenaz educación y la naturaleza elegida, mayor es la proximidad del hombre a los habitantes del Olimpo. Porque también los dioses, en el imaginario de la antigua Grecia, mostraban dotes físicas prodigiosas. Y entre todos los dioses, los corredores no pueden sino mirar con simpatía a Hermes, el dios-mensajero, el viajero incansable con el caduceo del heraldo y las alas en los pies. En un instante Hermes es capaz de aparecer, y después, una vez cumplida su misión, desvanecerse en la nada. Hábil, astuto, inteligente, veloz, Hermes es el amigo de los caminantes. El dios del viento.

La capacidad de correr en la antigua Grecia es hasta tal punto una característica heroica y divina que indujo a Platón a cometer un curioso error. De hecho el filósofo escribe en el *Cratilo*: «Me parece que los primeros hombres que habitaban Grecia consideraban dioses solamente a aquellos que ahora incluso muchos bárbaros estiman como tales, esto es el sol, la luna, la tierra, los astros y el cielo, y, debido a que veían a todos ir siempre a la carrera y correr, por esta naturaleza suya del *thein* (correr), los llamaron *theous* (dioses)». Sin embargo no es así. La derivación del término «dios» es otra: la raíz indoeuropea *dios* se refiere al significado de *resplandecer* y por eso el dios es «el que resplandece». La interpretación de Platón es, pues, desde el punto de vista etimológico, errónea.

Errónea, pero significativa de la relación entre aquella civilización y la pasión innata por las carreras.

6.

En las grandes construcciones épicas de la antigua Grecia, héroes, dioses e incluso las propias cosas se caracterizan por epítetos fijos. El epíteto es la figura retórica que consiste en atribuir a un determinado personaje un elemento que ponga en evidencia cierta especificidad. El de Aquiles, el arquetipo de todos los héroes, protagonista indiscutible de la guerra de Troya, es «el de los pies ligeros».

Y, sin embargo, Aquiles es también aquel al que únicamente se puede matar hiriéndolo en el talón. Si es vulnerable, si puede ser derrotado, es precisamente ahí, en los pies. Es en los miembros inferiores donde Aquiles acumula toda su fuerza y, al mismo tiempo, donde oculta su mayor debilidad. Es preci-

samente ahí donde se traza, para él, la línea sutil que separa la invulnerabilidad divina de la caducidad terrestre.

Según lo que cuenta Apolonio de Rodas, en las *Argonáuticas*, la madre de Aquiles, Tetis, para hacer invencible a su hijo, todas las noches, a escondidas, le quemaba las partes del cuerpo que suponía vulnerables. Pero una noche Peleo se despertó de improviso. Asustado por los gritos de su hijo, que oyó a lo lejos, se levantó de la cama y corrió a averiguar qué ocurría. La escena que se le presentó era terrible: Aquiles se estaba retorciendo envuelto en llamas. Tetis huyó y Peleo, ayudado por el centauro Quirón, reemplazó inmediatamente el talón quemado de Aquiles por el astrágalo de un gigante. Damiso, ése era su nombre, no era un gigante cualquiera: era el más veloz de todos.

Y así fue como Aquiles consiguió hacer de su punto débil precisamente su punto de fuerza. Y así fue como un héroe consiguió pasar a la historia gracias a un vuelco en el curso de las cosas.

7.

Correr, pues, es cuestión de tenacidad, coraje y valor.

Ahora, en nuestros días, lo saben muy bien los muchos corredores paralímpicos que desafían al destino jugándose-lo todo a su «discapacidad», a lo que no tienen. Y no se trata solamente de tener la fuerza interior de llevar adelante, como hacen los muchos que sufren discapacidades desde el nacimiento, un proyecto atlético iniciado en circunstancias físicas especiales. No son raras las historias de personas que han empezado a correr después de haber perdido los miembros inferiores.

Es el caso, por ejemplo, de Giusy Versace, que el 22 de agosto de 2005 perdió las dos piernas en un accidente de coche. Desde aquel día decidió cambiar de vida.

Giusy es guapa, morena, alegre. Lleva un apellido importante –«Versace»–, y, como en la tradición de su familia, dedica su existencia a la moda, aunque para una firma de la competencia. Es supervisora de ventas y su oficio la lleva a dar la vuelta al mundo, a no tener horarios. A sacrificar las vacaciones.

También aquel día de 2005, Giusy se ve obligada por su profesión, a hacer las maletas de prisa y corriendo, despedirse del mar antes de tiempo y meterse en el coche para prestar su ayuda a un cliente que debe inaugurar una tienda. Giusy está a un paso de una importante promoción y claramente no tiene intención de renunciar a ella por unos cuantos baños de más. Durante la noche, sin embargo, está inquieta. Tiene un mal sueño, la barandilla de una escalera se transforma en una cuchilla y le corta los brazos. Se despierta bañada en sudor. Afortunadamente es sólo una pesadilla. Hace acopio de energía, despacha los últimos asuntos, sube a bordo de un Renault Mégane y toma la carretera Salerno-Reggio Calabria, a pesar de que los malos pensamientos no la abandonan.

El día tranquilo se transforma de repente en un temporal. Chaparrones ininterrumpidos hacen que el viaje resulte complicado hasta que, a pocos kilómetros de un área de servicio, el coche empieza a derrapar. Se trata del llamado *aquaplaning*. El impacto contra la barrera de protección es devastador. Giusy vuelve a abrir los ojos y se encuentra sin piernas.

La vida de Giusy se ha partido en dos. Desde ese momento todo cambia. En primer lugar el dolor, el miedo a morir, la angustia de no sobrellevarlo. Luego el valor, la fuerza, la esperanza. Y dos prótesis que señalan el paso de su nuevo destino.

Después del accidente Giusy ya no quiere pensar solamente en las carreras, que sin embargo no abandona. Prefiere disfrutar de cada instante y dedicar todo el tiempo a sus múltiples actividades. Se ocupa del voluntariado. Se convierte en presidenta de la Disabili No Limits Onlus.

Y después, naturalmente, corre.

Es la primera mujer italiana que ha corrido sin dos piernas, y corre tanto, y tan bien, con sus prótesis de fibra de carbono, que colecciona una larga serie de títulos y gana el oro y el récord italiano en los 200 y en los 100 metros, hasta alcanzar en 2012 el nuevo récord europeo de los 100 metros en 15"50.

A cuantos en este periodo de tiempo le han preguntado el motivo de su decisión, Giusy siempre ha respondido que empezó a correr porque todo el mundo le decía que se caería.

Entrevistada por Giordano Brega para *Affaritaliani* en octubre de 2013, declara: «Cuando corro realmente no me siento inválida. Siento que puedo comerme el mundo».

Con su fuerza de voluntad, Giusy Versace ha decidido corregir una anomalía en el curso de los acontecimientos. Ha decidido correr hasta sus orígenes, cuando cada cosa aún estaba en su sitio. Ha decidido restablecer el orden y luchar por apresarlo todo: el sol de Kuafu, las alas de Hermes, la perseverancia de la urraca, el valor sin tiempo de Aquiles, la fuerza de seguir en pie.

Sobre todo su propia vida.

La vida como era antes, en los orígenes de su mundo personal y, por qué no, también algo más.